

*Tumbas sin sosiego*¹: la avidez de la Historia

Hacía mucho tiempo que la cultura cubana no producía un libro de pensamiento cultural tan ambicioso y abarcador como *Tumbas sin sosiego*, de Rafael Rojas, que puede considerarse desde ya un clásico dentro de la ensayística no solo cubana sino iberoamericana. Con una prosa a la vez funcional y literaria, en la mejor tradición de lo más notable de la ensayística insular: Jorge Mañach, Cintio Vitier, Manuel Moreno Fragnals, Roberto Fernández Retamar, Roberto González Echevarría, Enrico Mario Santí, este libro, sin desdeñar una apoyatura crítica y erudita considerable, tiene toda la flexibilidad, riqueza, *pathos*, subjetividad del ensayo a lo Montaigne. En cierto modo es como el imán a donde concurren los fragmentos, es decir, los libros anteriores de Rafael Rojas. Pensamiento filosófico, reflexión histórica, análisis político, literario y cultural en su más amplio sentido. Esta suerte de reescritura de la historia intelectual cubana del siglo XX tiene su centro irradiador en la lucha por el legado y la memoria. Todos los ilustres fantasmas insulares son convocados para que se levanten de sus tumbas y dialoguen entre sí. José Lezama Lima, Fernando Ortiz, Jorge Mañach, Cintio Vitier, Ramiro Guerra, Virgilio Piñera, son algunos de los convocados. Esta suerte de conjuro propiciatorio funciona como un hilo de Ariadna que nos va guiando por el laberinto ideológico y ficcional tanto de la República como de la Revolución.

Otras de las virtudes de este libro es proyectar su indagación desde el conocimiento y el diálogo con lo mejor del pensamiento universal contemporáneo, lo que le confiere una adicional apertura dialógica, es decir, su reflexión sobre los avatares de la historia intelectual cubana, a través de múltiples tópicos clave: marxismo, catolicismo, liberalismo, nacionalismo, tradición democrática o republicana, y hasta el propio concepto de revolución, está contrastada con las reflexiones críticas de disímiles pensadores de diversas latitudes, desde Sartre hasta Octavio Paz..., para al menos desde esta perspectiva no caer en la trampa o el límite de tanto aldeanismo o insularismo nacionalista. Además, es un libro oportuno, toda vez que su escritura no hubiera podido concebirse sin el fin de la época de la revolución cubana. Es justamente esta última contextualización la que le confiere a sus juicios, a veces a sus preguntas, una intensidad discursiva notable, a la vez que una suerte de *pathos* trágico. Pues aunque todo el libro se remite a la memoria, al legado, una soterrada pregunta, a veces desesperada, o escéptica, o melancólica, o también esperanzadora, se proyecta hacia el futuro de Cuba. Por ejemplo, dice el ensayista en un pasaje que nos recuerda otro muy conocido de Jorge Mañach: “Hoy, Cuba es apenas una nación poscomunista. Mañana, podría ser una democracia sin nación, un mercado sin república”. Es aquí donde el ensayista enarca un lúcido escepticismo, una auténtica vocación de objetividad, para no caer en las trampas de una fácil utopía o de la construcción de un mito más, toda vez que justamente son la utopía y el mito dos de los conceptos que Rojas analiza en su desenvolvimiento ideológico en la historia intelectual insular. Es, pues, en este sentido, un libro abierto hacia un porvenir desconocido.

¹ Rafael Rojas. *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona, Editorial Anagrama, 2006, 505 pp., ganador de la XXXIV edición del Premio Anagrama de Ensayo que, con un jurado integrado por Salvador Clotas, Román Gubert, Xavier Rubert de Ventós, Fernando Savater, Vicente Verdú y el editor Jorge Herralde, recayó por mayoría en el ensayista cubano. Una versión reducida de este texto apareció como reseña en la revista mexicana *Revuelta*. Puebla, México, (4): 125-127, sep.-nov., 2006.

Una zona del libro revela sus mayores dotes como ensayista, como escritor incluso. Me refiero a sus “Perfiles inacabados”. Aquí Rojas sabiamente selecciona a aquellos pensadores y escritores que le son más útiles para de algún modo tipificar algunas actitudes paradigmáticas de la intelectualidad cubana en su relación con la memoria histórica y con el presente de la revolución. Manuel Moreno Fraginals, Cintio Vitier, Guillermo Cabrera Infante, Heberto Padilla, Roberto Fernández Retamar, Jesús Díaz y Raúl Rivero son los escogidos. Acaso hubiera podido agregarse a José Lezama Lima, a Virgilio Piñera y a Reinaldo Arenas, incluso a Eliseo Diego, pero también es cierto que estos son profusamente atendidos a todo lo largo del libro. También pudiera pensarse, por su avasalladora carga simbólica, en incluir a figuras como José Martí o Julián del Casal, pero acaso ellos forman inextricable parte, como legado polémico incluso, de algunos de los escritores escogidos. Además, ello remitiría la reflexión ideológica necesariamente a un contexto anterior, al fecundo siglo XIX cubano, donde otras figuras, como Félix Varela o José Antonio Saco, también tendrían que ser convocadas. Pero no es un secreto que, por ejemplo, tanto Martí como Saco han sido profusa e intensamente atendidas por Rojas en ensayos suyos anteriores.

Es en esta parte donde el libro puede despertar más polémica. De todas esas semblanzas, que no vacilo en calificar de brillantes, son mis preferidas las de Padilla y Cabrera Infante, esta última, sobre todo, por sus sobresalientes valores literarios. Acaso algún lector apasionado recele cierta contención en sus juicios sobre Fernández Retamar o Vitier; sin embargo, yo hallo en esa misma contención su mayor virtud, sobre todo a la hora de pensar en la necesaria reconstrucción futura -que ya parece inminente- de la historia intelectual de la nación cubana. Es en estas intensas semblanzas donde se pone a prueba tanto la sagacidad como la objetividad del crítico.

Tres de estas figuras me han sido, en forma diferente, muy cercanas: Cintio Vitier, Manuel Moreno Fraginals y Roberto Fernández Retamar. Desde 1984 me liga una entrañable amistad con Vitier y, por supuesto, con su esposa Fina García Marruz. Si he tenido alguna vez maestros, en el sentido de guías espirituales, esos han sido Cintio y Fina para mí. Creo que lo que más me impresionó siempre de ellos fue su eticidad, amén de que sus obras -un verdadero magisterio sinfónico- y, sobre todo, sus *personas*, han calado muy hondo dentro de mi visión del mundo. Más allá de diferencias ideológicas o políticas (no soy ni católico ni fidelista ni mi inevitable “nacionalismo”, sea cual sea, es igual al de ellos), es tanto lo que he recibido de estos poetas que me cuesta trabajo intentar aquilatar su legado. Creo que el ensayo de Rojas sobre Vitier es un ejemplo de comprensión delicadísima -desde la diferencia- de uno de los pensamientos más significativos y polémicos de toda la historia de la cultura cubana. Haber centrado su reflexión en el conflicto entre la Historia y la Poesía, es su acierto mayor. Confieso que yo he sido testigo de la última radicalización hacia una suerte de nacionalismo fidelista de estos dos poetas. Siempre he pensado que si ellos hubieran optado sencillamente por el *silencio*, como Lezama hacia el final de su vida, no hubieran enajenado su recepción por las generaciones más jóvenes. Pero cada quien tiene *su modo de vivir la historia*, y yo no puedo juzgarlos. Yo sólo puedo amarlos -aun desde la diferencia. Si ellos

tuvieron la dicha de tener cerca en su juventud a Juan Ramón Jiménez, yo tuve la dicha, el privilegio, de tener cerca de la mía a Cintio y a Fina.

Con relación a la activa participación de Vitier en lo que Rojas llama un “nacionalismo poscomunista”, todavía recuerdo cómo a raíz de una intervención pública de Vitier en la televisión—por primera vez en su vida, por cierto, en 1994—, leyendo un texto sobre Martí², la política cultural cubana, encabezada por Abel Prieto, se propuso articular un nuevo tipo de pensamiento nacional. Todo quedó, por cierto, en una expectativa estrecha y pragmática. Incluso un libro que preparamos un conjunto de ensayistas cubanos, que debería inaugurar una colección en Ediciones Unión y que se titularía *Pensar en Cuba*, no pasó del proyecto. En cambio, sí se publicó el bodrio, incoherente y precipitado, *Vivir y pensar en Cuba*³, presentado en la Feria de Guadalajara, como contrapartida al libro compilado por Iván de la Nuez, *Cuba y el día después*⁴. Como diría mi colega Desiderio Navarro: invocan el pensamiento, pero es al pensamiento (crítico, en libertad) a lo que más temen.

El problema del nacionalismo es muy turbio, muy resbaladizo. Pues es casi imposible no participar de sentimientos nacionalistas. De ahí lo oportunista de la política del nacionalismo poscomunista, que intenta aprovechar populistamente una cantera, un substrato común, amplio y variado. El caso de Cintio Vitier, ciertamente, es otro caso. El autor de *Lo cubano en la poesía* no puede ser confundido con esa manipulación grosera del nacionalismo, por muy polémico que sea ese libro. Lo cierto es que la perspectiva viteriana, vista contextualmente, y sólo en un nivel de máxima generalidad, no difiere de otras pasadas (argentinas, españolas, peruanas, mexicanas). Su anacronismo ha sido trasladarla al presente; un presente abierto, convulso y complejo, para el cual las tesis de Vitier devienen, cuando menos, idílicas (excepto su final alusión al imperialismo norteamericano). Es que, hasta cierto punto, hay en Vitier como un significativo *desfasaje* entre la historia íntima y la nacional, pues cómo explicar que justamente Vitier decida, en su conmovedora conferencia “El violín” (1968), dar fe de su conversión a la revolución, en el año que justamente marca el fin de la que es considerada por Rojas, por ejemplo, como la única década propiamente “revolucionaria” de la revolución. Incluso, a partir de ese momento, no fueron para nada amables, tanto para Vitier como para Fina García Marruz, los acontecimientos que se sucedieron. ¿Cómo entonces explicar su sostenida *lealtad*, para utilizar también un término de Rojas? ¿Cómo es posible que, como le preguntara un amigo común, “un lector de las sagradas escrituras” —con todo lo que ello significa como visión ancestral de las veleidades de la Historia terrenal— no pudiera leer en el presente devastado de una dictadura el cumplimiento de una historia atroz, negadora de toda verdadera comunión cristiana con “los pobres de la tierra”? Ciertamente, por un impulso que no acabo de comprender del todo, la viteriana noción teleológica de la historia es tan poderosa, tan tozuda, que acaso no puede provenir de otro lugar que de la pretendida justificación de un destino personal. Esa obsesión por encontrar un sentido a toda costa, de ver hasta en los actos más anodinos una estoica, simbólica y trascendente correlación con la eternidad, lo ha llevado a imponer, contra toda evidencia visible y *profunda*, una hasta cierto punto legítima perspectiva nacionalista y antimperialista que sin embargo comulga con un régimen autoritario y

² “Martí en la hora actual de Cuba”. En su *Resistencia y libertad*. La Habana, Ediciones Unión, 1999.

³ *Vivir y pensar en Cuba*. La Habana, 2002.

⁴ *Cuba: el día después*. Barcelona, Mondadori, 2001.

absolutista que niega la esencia de toda prédica evangélica: *la persona*. Aunque cueste reconocerlo, porque ofrece una visión bastante común y extendida, y porque acaso no es exactamente lo que se espera de un lúcido intelectual, Vitier participa al final de su ya larga vida de ese sentimiento tan *humano, demasiado humano* que se niega a aceptar que la historia a la que dedicó su última conversión es una *historia apócrifa*. Tampoco es suficiente argumento aquel que está en el fondo del libro de Fina García Marruz sobre Quevedo⁵, según el cual la labor más inteligente de un intelectual es asumir una perspectiva reformista dentro de un régimen autoritario o absolutista, llámese monarquía o dictadura. Pues de ahí se deriva la contradicción de que sus discursos pueden ser nobles, pero sus destinatarios en el poder, no. Es como si escribieran para una realidad invisible, futura, hipotética. El consejo de Tomas Merton, trasladado a Vitier por Ernesto Cardenal, de que el papel de un intelectual cristiano era permanecer en su patria para dar testimonio, aunque su contexto le fuera hostil -como fue el caso concreto de Vitier en las décadas del sesenta y setenta-, tampoco se aviene del todo con la posición de Vitier posterior a su libro, en muchos sentidos crítico y concurrente con aquel mandato, *Testimonios* (1968). Todo lo contrario, después compiló *Nupcias*, lo cual es coherente con un proceso espiritual -*Vísperas, Testimonios, Nupcias*- pero no con la llamada revolución... ¿Acaso Vitier vislumbra una historia invisible, un porvenir espantoso para Cuba que terminará por darle la razón? No lo sabemos, pero esa posibilidad, aunque se cumpla, no justifica ni ética ni cristianamente, en mi humilde opinión, su posición actual.

Sí, Cintio -permítaseme esta leve digresión-, hay personas que lo aman, personas en un sentido plausible nacionalistas, en todo sentido ant imperialistas, incluso cristianas, personas que no comulgan con las posiciones más reaccionarias de la llamada mafia cubana de Miami, ni con posiciones de derecha en general, personas incluso martianas, personas que profesan una cosmovisión poética de la realidad, personas que no desdeñan las lecciones más objetivas de los clásicos del marxismo o del marxismo contemporáneo, y que no por ello pueden afirmar *eso* en que ha derivado la revolución cubana. Recuerde la carta en verso de Martí a Néstor Ponce de León... Recuerde al autor del conmovedor poema "No me pidas". Recuerde, en fin, el mandato más utópico de Martí: *con* todos y *para* el bien de todos... Utópico, lamentablemente, aunque se deba partir de ese principio, tal vez por el *para* pero no por el *con*. Recuerde, en fin, a quien escribió: "Sólo tiene sentido, dirección, lo que es moral; poco que ver con los 'preceptos morales'; la energía, el *telos*. Único tiempo real, el tiempo ético".

No voy a insistir en la última conversión de Vitier porque es prolija y sabiamente narrada e interpretada por Rojas, salvo algunos detalles. En cambio, lo que sí me desconcertó un poco fue el inicio de su semblanza, titulada "Cintio Vitier: poesía y poder", cuando citando a Julio Ortega ve a Vitier como "el último escritor que cree en la poesía como un camino esencial de perfección y que, como Mallarmé, a quien tradujo, cree que los poetas pueden devolverle a su tribu un lenguaje más cierto" ¿Por qué *el último*? No lo creo así. Acaso sí está en vías de extinción, como aduce Rojas: "el Poeta, en tanto Príncipe del Parnaso, Monarca Secreto de la Ciudad, que atisba las encarnaciones de la Metáfora en la Historia y reclama una educación lírica para que el ciudadano vislumbre al fin la Imagen de la República". Y acaso está bien, o sea inevitable, el que así sea. Este comienzo de semblanza puede denunciar un objetivo

⁵ Fina García Marruz. *Quevedo*. México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

síntoma de nuestro tiempo, no lo dudo, pero revela, al menos, poca consideración para con la Poesía. Ya el teatro no es lo que era en los tiempos de Sófocles, Shakespeare, Moliere, Racine, Ibsen o Beckett inclusive, pero no por ello ha dejado de seguir acompañando, como en sordina, es cierto, pero acaso con mayor intensidad creadora, al gran triunfador contemporáneo: el cine (a través del cual de alguna manera perdura). Pero la Poesía, la poesía en verso, si bien no goza -desde hace mucho tiempo, por cierto- del esplendor épico de los cantos homéricos ni dantescos, no por eso debe ser preterida como lo que es: una de las vías fundamentales de conocimiento de la realidad; y ya no me refiero sólo a la poesía en verso, sino a la otra, con mayúscula precisamente. A esa suerte de arquetipo platónico que está en el substrato no ya de todos los géneros literarios, sino en la misma naturaleza de la percepción de la realidad. ¿No está la Poesía actualmente subsumida en todos los géneros de la literatura llamada de imaginación? Lo cual, por cierto, sería una manera mucho más poderosa de perdurar. ¿Qué pensaría de esto María Zambrano, por ejemplo? Decía que tal vez no sea adecuado comenzar su semblanza de esa manera porque establece, a priori, como un prejuicio, si bien entiendo que su intención era dinamitar esa imagen del Poeta como voz de la Revolución -y de la Poesía encarnando en la Historia- que es la imagen -muy utópica, por lo demás- del actual Cintio Vitier. Noto aquí una semejanza con el enfoque demasiado teórico o discursivo o instrumental del Duanel Díaz de *Límites del origenismo*⁶, aunque no llega a los excesos de este -excesos en este otro caso por defecto, por ausencia-, como se pone en evidencia en el conmovedor y justo final de su semblanza, donde Rojas rescata la parte perdurable, intemporal de sus contradicciones creadoras.

Con respecto a algunos detalles, cuando Rojas se refiere a las fuentes católicas de Vitier, olvida mencionar al matrimonio Maritain, existencialistas católicos, convertidos al catolicismo por Leon Bloy, cuyo ejemplo -me consta- fue central para la conversión católica de Vitier y García Marruz. Tampoco hace alusión a la segunda vuelta de tuerca, ya dentro del catolicismo -y que tanto tuvo que ver con su conversión política de 1968-, la que se deriva de la influencia de Merton, de Camilo Torres, incluso de Ernesto Cardenal. Y un último señalamiento: tal vez sería mejor haber titulado esta semblanza como Historia y Poesía, pues justamente ese es el núcleo del conflicto que tan brillantemente expone el ensayista.

Mi relación con Manuel Moreno Fraguas fue de otra índole. Como profesor del Instituto Superior de Arte, fui, junto a mi entonces esposa y discípula suya, Raquel Mendieta, su alumno en varios cursos sobre la cultura cubana. Moreno tuvo siempre como profesor una oralidad muy interesante. Era *diferente*. Quiero decir, en un contexto maniatado por el dogmatismo marxista-leninista, Moreno siempre ofrecía una perspectiva dialéctica, integradora, lúcida, y, como buen historiador -y como persona valiente- no escatimaba elogios para aquellas figuras señeras de nuestra tradición que lo merecían por algún motivo. Recuerdo que fue el primer profesor que elogió en clases a Gastón Baquero. No recuerdo que nadie me haya iluminado más para una noción *integral* de la cultura cubana que su sabio magisterio. Su fecundación para el extenso epígrafe que escribí para el primer tomo de la *Historia de la literatura cubana* fue decisiva, aunque esa historia haya sido concebida en las antípodas de la Moreno, pues como

⁶ Duanel Díaz. *Límites del origenismo*. Madrid, Editorial Colibrí, 2005.

advierte Rojas: “Para Manuel Moreno Fragnals una historia de la Cuba colonial no es la teleología nacionalista de la Cuba independiente, sino la narrativa de un proceso cultural discontinuo e inacabado”.

Rojas es muy atinado en su semblanza. Repárese que en ellas es muy importante el título, en este caso: *La novedad del pasado*. Como para indicar que fue en su revisión de la historia, a través del desenvolvimiento de una memoria creadora, que se cumplió el gesto más revolucionario de su maestro. Pero como advierte el ensayista, esa memoria creadora se opuso desde un inicio a toda mitificación, como era de esperar en quien fue, para Rojas, “un revisionista incorregible” y un marxista heterodoxo. Pero donde este texto alcanza a ofrecer una visión integral del historiador es cuando lo ve como un humanista. Y como buen humanista es lógico que lo guíe siempre en su visión de la historia una perspectiva cultural. Es en este sentido que me parece un acierto que lo compare con Fernando Ortiz. De ahí que aprecie su *singularidad*, según la cual “la historia es una ciencia social y, a la vez, un arte literario”. Pero acaso el legado mayor de Moreno Fragnals consiste en su certidumbre de que “La nación no es, para él, el resultado político definitivo del devenir de la isla, sino una construcción cultural viva e inconclusa”.

Roberto Fernández Retamar es un caso más difícil de valorar para mí. Lo admiré siempre como profesor. Como ensayista -u orador- aprecié en él esa mezcla de sensibilidad, temperamento, y lucidez e inteligencia. Tiene una de las mejores prosas de la ensayística cubana. No me desdigo de nada de lo que afirmo en mi prólogo a *Orbita* de Roberto Fernández Retamar⁷, a pesar de lo que insinuó Vitier recientemente⁸. En todo caso podría reprocharme por lo que no digo. Siempre he apreciado en él al poeta por encima de cualquier otra consideración. No puedo decir que fuera mi amigo -creo que en cierto modo desconoce o no suele practicar esa disposición del alma, o la supedita a otros intereses. Siempre pensé que guarda una notable, controvertida y polémica semejanza –para bien y para mal- con Domingo del Monte, en la Colonia, y con Jorge Mañach, en la República. El, sin duda, fue el intelectual orgánico de la Revolución. Por lo menos, siempre fue coherente en eso. Obsesionado -como del Monte- por su destino futuro, creo como Rojas que su opción política –más definida e incondicional que ninguna otra- se revertirá trágicamente contra él en su recepción futura. Sin embargo, creo que perdurará como poeta. Y sus ensayos, por muy polémicos que resulten, o quizás por ello mismo, no se podrán subestimar. Me refiero a sus ensayos de pensamiento. Otros, cercanos a la crítica literaria, como su *La poesía contemporánea en Cuba (1927-1953)* (1954), o como “Antipoesía y poesía conversacional en Hispanoamérica” (1969), entre otros, o un libro como *Idea de la estilística* (1958), resistirán siempre el paso del tiempo. Otros perdurarán incluso como *síntomas* de un contexto de ideas determinado. Y, en todos los casos, por su brillante prosa.

Ya había adelantado que la semblanza de Rojas sobre Heberto Padilla, titulada “...disidencia y choteo”, me parece una de las más logradas. Es un verdadero ensayo de percepción política y cultural. Y su lección resultante, más aleccionadora que ninguna. Padilla fue el ejemplo del poeta maldito para mi generación. Cuando estudiábamos en la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana en la segunda mitad de la

⁷ Roberto Fernández Retamar. *Orbita de Roberto Fernández Retamar*. Selección y prólogo de J. L. A. La Habana, Ediciones Unión, 2001.

⁸ Cintio Vitier. “Elogio de Roberto Fernández Retamar”. *La Jiribilla*. La Habana, agosto, 2006.

infausta década del 70, estaban muy frescos los acontecimientos del caso *Padilla*. Leíamos y comentábamos *Fuera del juego* con mucha fruición. En cierta forma él imbricó la conciencia de la problemática cubana dentro de un ámbito mucho mayor. Contextualizó la relativa singularidad de la revolución cubana. Más tarde supe de su implacable lucha generacional contra Orígenes desde *Lunes de Revolución*. Cuando lo conocí en Madrid, en 1994, se lo comenté. Él se arrepintió en público de aquellos excesos de su juventud. Ya en *La mala memoria* le dedica un sentido homenaje a Lezama, quien tuvo la altura ética de votar a favor de aquel libro en el Premio UNEAC, a pesar de los duros ataques que Padilla le prodigó desde *Lunes*... Recuerdo a un Padilla lúcido y ya muy sereno en Madrid, donde decía de memoria poemas de Eliseo Diego y de Lezama. La Historia terrible, que él había invocado desde sus poemas, cayó sobre él con una fuerza descomunal, desproporcionada. El mismo había recreado un comentario de Lezama sobre Zenea y lo había actualizado, dicho de nuevo por Lezama pero esta vez a un teniente de la Seguridad del Estado al que el autor de *Enemigo rumor* se empeñaba en llamar “alférez”: “el manotazo de plomo”⁹. En cierto modo, la Historia lo sobrepasó, lo hizo su víctima predilecta. Su caso divide en dos la historia cultural de la revolución cubana. Cometió, con valentía, el pecado de la lucidez y, sobre todo, de la anticipación. Todavía pueden leerse con delectación su “Infancia de William Blake” y “Dones”. Con respecto a sus poemas de *Fuera del juego*, él tuvo razón: “fue más directo que un objeto”.

A Raúl Rivero –“...el poeta preso”, según Rojas- lo leíamos en la década del setenta los entonces aprendices de poeta. Dominaba la retórica conversacional como pocos. Entonces sus poemas daban fe de los mártires revolucionarios, como en su antológico poema sobre *El Vaquerito*, o sobre otras heroínas más secretas, como recrea en su poema “Bajo un danzón tristísimo”. Cuando esa misma retórica fue utilizada para dar fe de la debacle de su propia utopía revolucionaria, porque ciertamente la realidad no se correspondía con ella, no se lo perdonaron. El “manotazo de plomo”, como se sabe, para él fue menos simbólico. Ahora continúa con su misma perfecta retórica poética cantando a otros héroes y mártires. Con la misma pasión de siempre, solo que con mucha, mucha más sabiduría. Acaso –lo que transparenta una suerte de conversión ética casi cristiana o dostoyeskiana, motivada por ese su “descenso a los inferos”- el poeta continúa en cierto modo *preso*, solidario con sus colegas encarcelados.

Guillermo Cabrera Infante fue casi desde siempre un fantasma. Leíamos sus maravillosas crónicas de cine, sus cuentos y, claro, *Tres tristes tigres*, como si hubieran sido escritas por el hombre invisible. Debido al totalitarismo de la memoria, sencillamente no existía. A veces, cuando salía del Instituto de Literatura y Lingüística, me paraba en la esquina de Infanta y Carlos III, y trataba de imaginarme la vida nocturna de esa otrora animada esquina habanera, ahora sólo una ruina más dentro de un paisaje imposible. Fue nuestro Joyce tropical. Acaso una invención literaria... No podré ver llover nunca más sin recordar su texto “Lorca hace llover en La Habana”. La semblanza de Rojas, titulada “...el estilo contra la historia”, es el mejor ensayo escrito nunca sobre el autor de *Tres tristes tigres*, nuestro *güije* tropical.

⁹ José Lezama Lima. “Juan Clemente Zenea”. En su *Confluencias*. La Habana, Ediciones Unión, contemporáneos, 1970.

Jesús Díaz fue el político de su generación. Después de *Los años duros* no conoció un renacimiento hasta *Las iniciales de la tierra*, que reseñó su amigo Ambrosio Fornet en un texto que se hizo famoso porque acuñó allí el término de “el quinquenio gris”. Pero su mejor novela fue, en cambio, *Las palabras perdidas*. Lo conocí en Madrid, en el otoño de 1994, cuando se disponía a iniciar el sueño de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, que creó con la esperanza de una transición cubana hacia la democracia. Sueño donde todavía deliramos. Temperamental, apasionado, estuvo vinculado a tres de las revistas más importantes de la época de la Revolución: *El Caimán Barbudo*, *Pensamiento crítico* y *Encuentro...* Cuando pase el tiempo y se analice serenamente la variedad y profundidad de muchos de los textos publicados en esta última revista, se comprenderá cómo Jesús Díaz fue capaz de propiciar el nacimiento de un verdadero pensamiento crítico insular. Acaso esta sea su mayor obra, su mayor contribución a la cultura cubana. Fue un ejemplo de intelectual que evoluciona por la lucidez de su pensamiento; en este sentido creo que le compete el calificativo, en su acepción auténtica, de revolucionario, además que explica el título de la semblanza de Rojas: “...el intelectual redimido”.

La semblanza de Rojas es magistral. En cierto sentido, Jesús Díaz somos todos; todos los que una vez creímos en la utopía de la revolución, y hoy creemos en otra, la de la democracia. No será nunca un pecado haber creído sinceramente en la revolución, mientras duró..., aunque siempre quede en el fondo del alma como un sabor amargo, por aquellos años de inocente –o culpable, según el caso- complicidad. Hoy día ya descreo de la práctica política de las revoluciones. Todo lo que se sacrifica en aras de la revolución, se vuelve después contra ella misma. Repárese en que ella es la negación del sueño martiano, tan simple en apariencia pero tan difícil de lograr, de “con todos y para el bien de todos”. “Nada de lo real debe ser humillado”; esa máxima de María Zambrano -quien tampoco creyó en las revoluciones- opera con el mismo sentido. Todo lo que se convierte en ídolo, lo hace a costa de la vida del otro. Como una sinécdoque. El ídolo presupone la víctima.

Del libro de Rojas pueden extraerse diversas lecciones; una no pequeña es precisamente la suerte de pudor o decoro intelectual del ensayista, que no vacila en hallar virtudes en aquellos penadores más alejados ideológicamente de las posiciones del crítico. Le guía, pues -amén de no vacilar en demostrar a través de ellos sus tesis de una manera, por lo demás, inexorable- la comprensión íntima y contextual de esas figuras, quiero decir, el ensayista aprehende a esas figuras dentro de un contexto mayor, tanto dentro de corrientes de ideas como político incluso. En cierto sentido esas semblanzas revelan los diferentes y a veces trágicos caminos que puede seguir un intelectual dentro de la selva oscura de la historia contemporánea. De todos, insisto, quedan a salvo, como le gustaría a María Zambrano, sus *personas*, únicas, acaso irrepetibles, y, por ello mismo, como símbolos futuros, para bien o para mal, pero siempre saludablemente aleccionadoras, para la *terra incognita* que nos aguarda, como ese abismo que también nos mira de que hablara Nietzsche. Quienes hemos compartido la mayor parte de nuestras vidas al lado de algunas de esas figuras sabemos cuánta pasión, cuánta soterrada tragedia, cuántas acaso inevitables contradicciones marcaron sus vidas... ¿Y las nuestras?, me atrevería preguntar con cierto temblor... De todo ello se desprende acaso la mayor lección de este libro, también apasionada reflexión sobre las relaciones entre la Historia y el llamado intelectual: la Historia es ese ídolo moderno del que todos, de

alguna manera, somos víctimas. Acaso sólo nos quede en estos tiempos de postrimerías saber elegir qué calidad de víctimas queremos o podemos ser.

Este libro, por el cúmulo de información que aporta, por sus disímiles entradas desde diferentes disciplinas del saber, por su elegante prosa, por su pasión apenas contenida por su voluntad de estilo, se revela como un libro inagotable. Acaso deba revisarse para futuras reediciones, para mejorar aún más muchos detalles. Por ejemplo, el autor no repara en que el primer editorial de *Orígenes* es una respuesta directa al primer editorial de *La Gaceta del Caribe*, entonces anónimo, pero escrito por Mirta Aguirre, como reveló años más tarde José Antonio Portuondo, lo cual establece una interesante polémica entre dos corrientes de ideas diferentes de la intelectualidad cubana de la época.

Una última lección, la más evidente pero por ello mismo quizás la más saludable, sea la que se desprende del contraste entre dos épocas, la de la República y la de la Revolución. Desasosiego e insatisfacción en la República -como antes en la Colonia-, desasosiego e insatisfacción en el sombrío período llamado revolucionario. Porque nunca la palabra *revolución* ha sido tan ambiguamente trágica. El futuro, el otro, el desconocido, está ahí, aguardándonos, con sus nuevas insatisfacciones y desasosiegos, o como decía Lezama a propósito del mito, con sus nuevos cansancios y terrores. Que este libro nos sirva como légame reminiscente, como memoria futura, como antídoto o terapia por inundación, para acaso no volver a insistir en lo que ojalá sea en un futuro sólo historia pasada, ruina antigua o, mejor, planeta en vías de extinción.

Madrid, 21 de septiembre, 2006